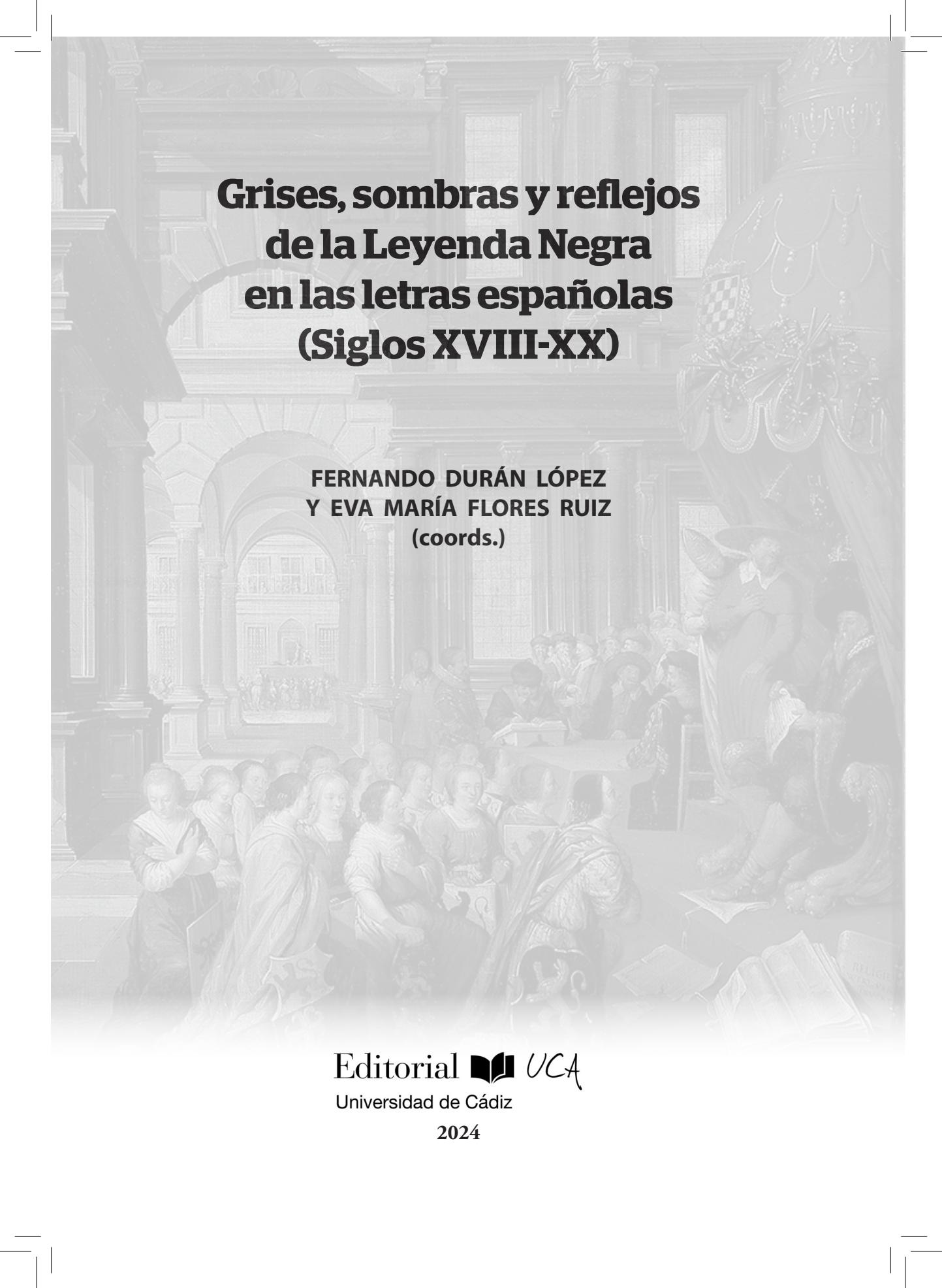


Grises, sombras y reflejos de la Leyenda Negra en las letras españolas (Siglos XVIII-XX)

**FERNANDO DURÁN LÓPEZ
Y EVA MARÍA FLORES RUIZ
(coords.)**

mFL
MONOGRAFÍAS
Filología y Lingüística

16



Grises, sombras y reflejos de la Leyenda Negra en las letras españolas (Siglos XVIII-XX)

**FERNANDO DURÁN LÓPEZ
Y EVA MARÍA FLORES RUIZ
(coords.)**

Editorial  **UCA**
Universidad de Cádiz
2024



Política editorial: <https://publicaciones.uca.es/>
Esta obra ha superado un proceso de evaluación, ciega y por pares
Primera edición: 2024
Edita: Editorial UCA

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
C/ Doctor Marañón, 3 - 11002 Cádiz (España)
publicaciones@uca.es
<https://publicaciones.uca.es>

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2024
© Fernando Durán López y Eva María Flores Ruiz, (coords.), 2024
Motivo de cubierta: D'elen, D van. (1625-1634) Alegoría sobre la tiranía de Alba [Óleo sobre lienzo]
Museo Catharijneconvent, Utrecht. Objeto adquirido con el apoyo de la Fundación Rembrandt. Foto:
Rubén de Heer.
Las diecisiete provincias holandesas se arrodillan ante el trono del duque de Alba. Al fondo, la decapitación de
Egmond y Hornes

Maquetación: Eloísa Oliva
Impresión: Ulzama Digital S.L.
Impreso en España/*Printed in Spain*

ISBN 978-84-9828-905-3
e-ISBN 978-84-9828-906-0
Depósito legal: CA 161-2024

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra»



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.



Índice

«Obras que la engríen y adormecen.» A modo de introducción.....	9
<i>Fernando DURÁN LÓPEZ</i>	
CAPÍTULO I.....	17
«Se ríen a nuestra costa los extranjeros»: el miedo al ridículo en el argumentario patriótico de críticos y apologistas en el xviii español	
<i>Antonio CALVO MATORANA</i>	
CAPÍTULO II	39
Vaivenes de la memoria: la conquista de la América del Sur en la poesía épica de acá y de allá	
<i>Virginia GIL AMATE</i>	
CAPÍTULO III	65
«These cruel strangers»: la España negra y el debate revolucionario en la literatura inglesa de finales del siglo xviii	
<i>Diego SAGLIA</i>	
CAPÍTULO IV	81
Distancia cultural y construcción poética: representaciones de lo español en los románticos alemanes	
<i>Pascual RIESCO CHUECA</i>	
CAPÍTULO V.....	97
Don Carlos entre los rebeldes: creación y renegociación de la leyenda negra en los Países Bajos (siglo xix)	
<i>Yolanda RODRÍGUEZ PÉREZ</i>	

CAPÍTULO VI 115

Los liberales españoles en el exilio de Londres y la leyenda negra

Salvador GARCÍA CASTAÑEDA

CAPÍTULO VII 123

Mitos y tópicos de la leyenda negra en la novela romántica española:

El Auto de Fe (1837), de Eugenio de Ochoa

Enrique RUBIO CREMADAS

CAPÍTULO VIII 139

Galdós ante el Santo Oficio

Eva María FLORES RUIZ

CAPÍTULO IX 157

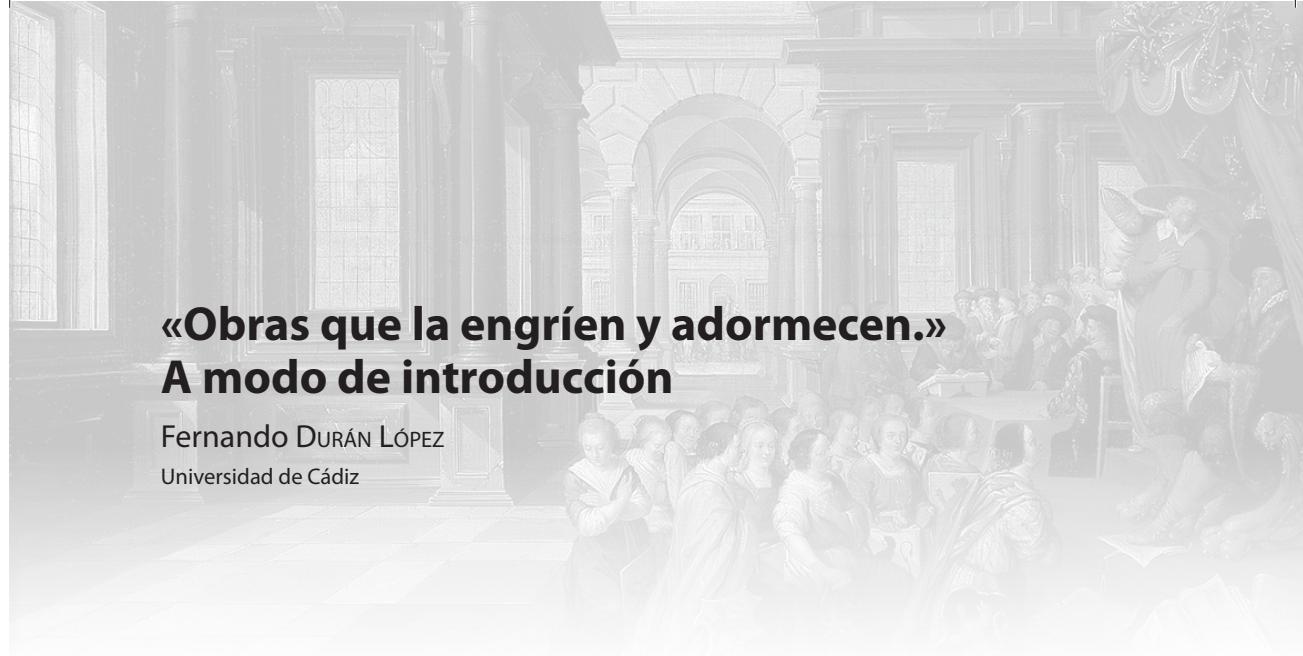
Deconstrucción y parodia. La imagen cómica de la leyenda negra en el teatro español del siglo xx: la *Tragicomedia del serenísimo príncipe don Carlos*, de Carlos Muñiz, frente a la hagiografía franquista

Alberto ROMERO FERRER

CAPÍTULO X 173

Negra y sin leyenda: la España goyesca

Alberto GONZÁLEZ TROYANO



«Obras que la engríen y adormecen.» A modo de introducción

Fernando DURÁN LÓPEZ

Universidad de Cádiz

Aunque no seguramente por los mejores motivos, la Leyenda Negra vuelve a estar de actualidad dentro y fuera del ámbito académico. Hagamos lo que hagamos por evitarlo, el concepto pervive envuelto en una espesa controversia de pesados lastres ideológicos, y la razón es bien clara: surgió como un argumento polémico y solo puede sobrevivir como tal. Es evidente que la construcción de discursos antiespañoles responde a diferentes motivos y circunstancias a lo largo del tiempo y que es paralela a construcciones identitarias semejantes entre naciones rivales: articular dichos discursos en una suerte de conspiración atemporal contra España es, para unos, un resorte victimista del nacionalismo patrio de fines del xix y principios del siglo xx, que bebe de corrientes anteriores, y para otros, una tan injusta como innegable realidad histórica que condiciona una percepción acomplejada de los españoles sobre sí mismos. Así las cosas, el marbete de Leyenda Negra, como casi todas las categorías que construyen nuestra conciencia del mundo, aspira a tener un valor más performativo que descriptivo. Tras esas palabras siempre hay agendas e intereses específicos y cuando una etiqueta triunfa y se sitúa en el centro de un debate, todos intentan ampliar su cobertura, redefinirla, contradefinirla o negarla, de modo que al cabo de un tiempo hay que dedicar más espacio a explicar qué significa que a desarrollar propiamente su contenido. Como en toda cuestión polarizada, los debates suelen cruzarse de manera confusa, pues una cosa es plantearse si existe tal Leyenda Negra, otra si su contenido es verdadero o no, otra si ese contenido es más verdad para España que para otros países, y otra finalmente la del uso político que el concepto tiene dentro de la sociedad española. El reciente *revival* de tópicos antiespañoles y reacciones

neoapologéticas no contribuye a mantener la objetividad crítica deseable para distinguir esos planos, sino que más bien coadyuva a barajarlos y distorsionarlos hasta hacer imposible cualquier diálogo crítico.

El presente volumen no trata de deconstruir lo que la ideología ha construido, solo llama la atención sobre las flaquezas de los materiales y las debilidades que les son inherentes.^[1] Partamos de la base de que, haciendo las debidas salvedades, es lícito y explicativo seguir denominando Leyenda Negra como mínimo a los relatos contra España articulados durante el xvi y el xvii por los rivales, víctimas o émulos de su poder imperial, y centrados en temas como la Inquisición, la persecución religiosa, la conquista de América, la残酷 de Felipe II, la violencia desmedida en la guerra de Flandes, etc. etc. Como bien sabemos, en el xviii estos tópicos continuaron, algunos se recrudecieron, otros perdieron fuerza, muchos fueron tempranamente combatidos con denuedo, pero sobre todo se armaría un nuevo aparato de acusaciones basado en la condena ilustrada a la decadencia y el atraso de España, que insistía en su oscurantismo religioso, su aislacionismo, anquilosamiento y rechazo del mundo moderno, cuyo estruendoso epítome es el exabrupto de Masson de Morvilliers: «Que doit-on à l'Espagne?» Con las debidas metamorfosis e inversiones axiológicas buena parte de esos reproches pasaron a integrar la moda romántica de España en la Europa del xix, fascinada por el pintoresquismo orientalizado, la ferocidad, el apasionamiento y la pureza atávica del pueblo español. En el llamado regeneracionismo de entre los siglos xix y xx la obsesión por los males del país y la visión trágica de la identidad nacional española entablan una compleja conversación con la Leyenda Negra y no en vano se acuña entonces ese mismo concepto, presente ya en escritos de Emilia Pardo Bazán, pero consagrado a partir de la obra de Julián Juderías. La esperanza republicana, la tremenda ruptura nacional de 1936, el doloroso impacto del

1 Este libro reúne, debidamente ampliadas y mejoradas, las ponencias presentadas en el *6º Seminario Internacional de Literatura Española*, celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba los días 18 y 19 de noviembre de 2021. Agradecemos con tal motivo a las entidades que colaboraron en su financiación y organización: Departamento de Estudios Filológicos y Literarios de la Universidad de Córdoba; Departamento de Filología de la Universidad de Cádiz; Grupo de Estudios del Siglo xviii de la Universidad de Cádiz; Plan Propio de Investigación de la Universidad de Córdoba 2021; Máster en español: lengua, literatura, historia o enseñanza, de la Universidad de Córdoba; y Grupo Docente 48 de la Universidad de Córdoba.

exilio, el nacionalismo extremo del franquismo y la reacción anticasticista de sus opositores reactualizarán una vez más ese debate polarizado entre la crítica y la apología, que, aunque parecía extinguido tras la transición política y la acelerada modernización del país, solo resultaba estar dormido y ha acabado despertando en los últimos años en un decepcionante suma y sigue.

La reflexión que proponemos quiere alimentar este debate en términos estrictamente académicos, no mediante el estudio de los hechos o el fundamento de la Leyenda Negra, sino haciendo calas selectivas, del xviii en adelante, en las representaciones en la cultura española de puntos centrales de ese relato paneuropeo, puntos que tienen sin duda una existencia real como temas literarios y creencias colectivas, al margen de lo que podamos opinar o documentar sobre su exactitud histórica, su intención polémica o su articulación como sistema ideológico intencionado. Nos interesa principalmente ver cómo el país ha procesado esta imagen ajena, pues España ha tenido que tejer su moderna identidad nacional y sus valores colectivos enfrentándose con tales relatos y no ha dejado de manejarlos con complejas estrategias de aceptación, integración, negociación, rechazo y antítesis, de formas a veces pacíficas y a veces virulentas. Proponemos, pues, un recorrido por algunas estrategias con las que España ha querido construir, discontinua y polémicamente, su relato nacional, que, como todos ellos, debe tanto a propios como a extraños. Nadie controla su imagen: creer que sí se puede es una peligrosa fantasía nacionalista que conduce inevitablemente a la sangrienta sinrazón totalitaria.

Algunas claves generales de esta cuestión se desprenden de un análisis del que podríamos juzgar punto de inflexión de estas interacciones identitarias: lo ocurrido en 1784 en el concurso de la Real Academia Española destinado a rebatir las «injurias» de Masson de Morvilliers sobre la nula aportación hispánica a los adelantamientos de las letras, artes y ciencias de Europa. Es un episodio de sobra conocido, si bien nadie prácticamente se ha preocupado de examinar el contenido de las obras presentadas al certamen. Sería preciso abordar una lectura sistemática de los argumentos y planteamientos de esos escritos, sobre los que todo está por hacer, pero obviamente en estas páginas introductorias nos marcamos un objetivo harto más modesto. Aunque el concepto de Leyenda Negra se centra casi siempre en los grandes episodios de la España imperial del xvi y el xvii, ya el libro fundacional de Juderías dedicaba un capítulo a las acusaciones europeas de atraso intelectual, cultural y científico del país, que vinculan este retardo con el fanatismo religioso y el aislamiento del curso

principal de la civilización europea. No en vano dicho capítulo comienza con una sentencia lapidaria: «En el siglo XVIII se desata contra España la filosofía». De hecho, ese descrédito «ilustrado» estaba llamado a proyectar una sombra mucho más larga y oscura sobre la identidad española que la enumeración de los «crímenes» de Felipe II o del duque de Alba.

Recordemos que en 1782 el editor Charles-Joseph Panckoucke inicia la publicación de una obra que quería superar la *Encyclopédie* (1751-1772) de Diderot y D'Alembert. En vez de emplear una única serie alfabética de entradas, ordenaba el conocimiento por materias, de ahí el título de *Encyclopédie méthodique*. Alcanzaría más de doscientos volúmenes hasta 1832. En la tanda inicial salió el primer tomo de geografía moderna, con una pieza sobre España de catorce páginas, escrita por el irrelevante geógrafo Nicolas Masson de Morvilliers; era una demoledora descripción de la que tildaba de «quizá la nación más ignorante de Europa», particularmente agria contra el esterilizante control de frailes e inquisidores sobre la cultura. Una frase quedó grabada en los lectores: cuando incluso Dinamarca, Suecia, Rusia o Polonia rivalizaban con Alemania, Italia, Francia o Inglaterra, «¿qué se debe a España? ¿en dos siglos, en cuatro, en diez, qué ha hecho por Europa?» Lo peor para el orgullo de Carlos III —primo y aliado de Luis XVI, bajo cuya soberanía se publicaba este libro— es que el articulista solo hiciese escasas y displicentes salvedades con los avances experimentados en «este reinado», cuyos frutos aún estaban por florecer. El escándalo en Madrid fue mayúsculo: censores e inquisidores dieron la alarma, el rey leyó el artículo y la respuesta estuvo a la altura de su regia ira: se retiró el permiso de importación y la licencia para imprimir su traducción, mientras que se requisaban cientos de ejemplares; España también exigió explicaciones diplomáticas a Francia e instó a que se castigase al impresor. En el plano propagandístico, el que más interesa, se lanzó una campaña de desagravio movilizando todas las energías intelectuales que se pudieron encauzar desde el ministerio de Estado y las embajadas, invirtiendo en ello los muchos recursos e incentivos que ofrecía una estructura gubernativa donde lo político, lo administrativo y lo literario se confundían inextricablemente.

El concurso dispuesto por la Academia Española en 1784 para premiar la mejor apología de las artes y ciencias españolas frente a estas supuestas injurias europeas fue la iniciativa más aparatoso, pero sin embargo nadie obtuvo el premio, lo que da lugar a melancólicas reflexiones. En efecto, no sabríamos decir qué es más aleccionador: que España sea un país donde se convocan certámenes

para hacer su propia apología o que ninguna de esas autoalabanzas recabadas satisfaga su propósito. De forma simbólica, que el premio quedase a la postre desierto sugiere la duda de si España era, a fin de cuentas, un país que no tenía defensa. Es por eso, por la incapacidad de cerrar el argumento defensivo, por la naturaleza de acto fallido de toda apología, por lo que la herida sigue abierta y el apologismo pasa de ser un gesto ocasional de orgullo dinástico de Carlos III y su gobierno, a definir una suerte de carácter nacional eternamente dañado. La campaña regia de 1784, por otra parte, solo sustancia de forma oficial una actitud apologética que tenía no pocos precedentes más acotados durante el siglo XVIII, desde los intentos del humanismo crítico de reivindicar las letras españolas y difundirlas en Europa (de Nicolás Antonio a Mayans) a los trabajos de los jesuitas expulsos, también imbricados en una estrategia de ensalzamiento y adulación a la corte madrileña. El gesto de Carlos III, pues, es más que un acto coyuntural, es ponerle encima al apologismo ya existente una corona y, por lo tanto, convertirlo en una postura oficial y colectiva del Estado, lo cual es un nivel mucho más elevado en la respuesta nacional a la mirada ajena.

Así, ese gesto deviene en repetitivo y se reactiva en circunstancias distintas y con argumentaciones y derivadas ideológicas diferentes, pero siempre regresando una y otra vez sobre sí mismo. Por citar solo algunas de las muchas posibles recurrencias que cabría poner encima de la mesa, el apologismo está ahí, puro, entero y verdadero, en la polémica de la ciencia española protagonizada por el joven Menéndez Pelayo a mediados del XIX; lo está también en el libro de Juderías, que es eso precisamente, una apología de España contra sus émulos extranjeros; y lo está, sin ir más lejos, de una manera más aseada, por no decir más insidiosa, en los recientes éxitos de ventas de Elvira Roca Barea; aún lo podemos ver cotidianamente en cualquier edición de *ABC*. Últimamente el apologismo aparece por doquier en el argumentario habitual de las derechas. En realidad, es ahí donde habría que poner el foco: lo verdaderamente interesante, el objeto cuya realidad es indiscutible, no es la Leyenda Negra, sino la obsesiva persistencia del apologismo como un fenómeno identitario español, o al menos de una parte de los españoles, asociados generalmente a sectores conservadores o reaccionarios, aunque eso habría que precisarlo para cada circunstancia histórica concreta. España es, en ese sentido, un país que se defiende continuamente.

Lo problemático de esa defensa consiste justo en sus zonas de contradicción, en los puntos ciegos que dejan traslucir su impotencia. José Vargas Pon-

ce, a quien le he tomado prestada la frase que uso como título, fue uno de esos apologistas que se afanaron en ser premiados por la Academia Española, pero su obra llegó fuera de plazo y, a pesar de sus protestas, no fue tomada en cuenta. Pero en 1813, cuando hace recuento a posteriori de su vida literaria y servicios públicos, dice alegrarse del contratiempo, porque ese tipo de obras solo sirven para engrerír y adormecer al país. Esto que piensa el marino gaditano treinta años después ya era una conciencia latente en el mismo momento de producirse la campaña de Carlos III, y no solo por la aparición de los antiapologistas que se opusieron a ella y la ridiculizaron, aceptando en gran medida el discurso de la España atrasada y oscurantista, sino que de la tensión inherente a una apología patriótica contra los extranjeros no se escapan ni los propios apologistas. Podemos identificar algunas de esas líneas de tensión, acudiendo tan solo a uno de los textos presentados al certamen académico.

1) ¿Para quién se escribe una apología? Defenderse con desmesura de los menosprecios ajenos puede ser contraproducente para el fin buscado, que es doble: excitar el orgullo nacional y servir de contradisco^r en Europa. En algún grado se pretende cuadrar el imposible círculo de valer a la vez para consumo interno y persuasión externa, que son lógicas argumentativas opuestas; el concurso académico prima más el primer aspecto, pero nunca pierde de vista el segundo. La apología que abre la serie documental de la Academia Española razona así en la advertencia que lleva al frente:

Para demostrar contra las invectivas de los extranjeros los progresos que en toda clase de ciencias y artes ha hecho la nación española y para señalar las gloriosas épocas en que más las han ilustrado los grandes ingenios, ha parecido más conveniente seguir el curso natural de todos los siglos: ya porque este orden está menos expuesto a exagerados hipérboles, de que tal vez con razón podían [resentirse?] en una materia como esta nuestros émulos; ya para que la juventud española mire en la oración apologética de su patria como en un aspecto breve y reducido las nobles empresas y glorias literarias de sus mayores; pues no podrá menos de conmoverse a la vista de tantos claros héroes que para eterna memoria suya sacrificaron sus propias luces, sus expensas, tareas y vigilias, a fin de sublimar el honroso nombre de su nación.^[2]

2 Es la primera apología que incluye el archivo de la Real Academia Española, con la signatura actual del fondo de Certámenes CER-1785-1. Todas las piezas que

Se trata, pues, de escribir para que los jóvenes españoles se sientan orgullosos de su patria, pero sin perder de vista a los émulos. Esta es la arista más afilada de la Leyenda Negra (de cualquier estereotipo nacional, en general): la de hacer a los españoles incapaces de prescindir de la opinión ajena y desarrollar una perpetua actitud de réplica, que al final borra los límites entre defenderse y atacar. Los hechos del concurso de 1784 nos muestran que la interiorización de estos juicios europeos, que viene al menos desde comienzos de siglo, está para entonces plenamente consumada.

2) De ahí viene el segundo punto ciego: defenderse de las acusaciones es en realidad aceptarlas y multiplicarlas. El apologista nº 1 se sorprende de que la grandeza de España, en su momento de mayor poderío universal y gloria literaria, no haya recibido la admiración de sus vecinos, sino todo lo contrario:

no obstante, digo, este reino fuerte, rico y literato ni ha hallado para con el extranjero aquella bien favorable y respetuosa acogida, ni eximíose de los aguzados filos de la más activa confirmada antipatía. Este indefinible monstruo que abortó las emulaciones nacionales y las aversiones de pueblos mal avenidos, desconocido allá en días más remotos a los primeros pobladores del mundo y que en estos últimos siglos ha pasado a ser razón de Estado [...].

Este apologista pinta el odio y las calumnias contra España con los colores más negros, y los términos más exaltados, pero al hacerlo está reproduciendo y difundiendo esas imágenes entre los propios españoles. Todo discurso apológetico incorpora y multiplica aquello de que hay que defenderse. Pasado un tiempo, y desde el XVIII eso ocurre continuamente, todo español ha crecido imbuido de esa conciencia de atraso y no cabe duda de que convocar un concurso patriótico para desmentirlo es una manera de reafirmarlo.

3) Hay, además, un problema argumentativo específico: si España ha sido tan gloriosa en todas las ciencias y las artes, entonces el papel regenerador de la

compitieron permanecen como anónimas. Puede verse el manuscrito digitalizado, como muchos otros del concurso, en la Biblioteca Virtual de la Comunidad de Madrid: <https://acortar.link/l4vPD2>

La ortografía y puntuación han sido modernizadas en cuanto no tenga relevancia fonética.

dinastía borbónica no resulta tan relevante. El apologista dice de España que en el siglo XVIII «su mérito literario ha sabido engrandecerse y competir con el de los extraños, después de haber perpetuado la celebridad de sus ingenios en las edades primeras»; el juego entre perpetuar y engrandecer es un malabarismo verbal, pero es obvio que si en el XVIII se ha podido competir con los otros países es porque antes no se jugaba a ese nivel. Para exaltar las mejoras de la dinastía borbónica hay que criticar la España de los Austrias, lo cual resulta un escollo si se trata de ensalzar la totalidad de la trayectoria cultural de la nación. Esta contradicción se repetirá en cada régimen político de los muchos que se sucederán: los males de España han de ser muy reales... para salvarla después de esa decadencia.

4) Por último, consideremos la contradictoria construcción de lo que podíamos denominar el método escoba del nacionalismo, algo antitético a cualquier principio o categoría crítica. Me refiero a que la estructura misma de una apología se basa en barrer todo lo posible, sin dejarse nada fuera, porque interesa acumular puntos en un supuesto *ranking* internacional. Eso implica renunciar a todo criterio de valor, lo que a la postre es ir en contra de la arquitectura misma de un pensamiento analítico, no meramente acumulativo o historicista. Así el itinerario de las glorias patrias no renuncia a nada, no selecciona nada, todo vale. El relato del buen cultivo de las artes y las ciencias en España comienza con la llegada de las colonias griegas y fenicias, alcanza el entusiasmo cuando habla de los «españoles» que formaron parte de la época dorada de Roma, alaba la cristianizada cultura que la Iglesia alberga en la Edad Media y a los prelados que combatieron las herejías... Como en la mayoría de apologías la religión es presentada como una honra patriótica en sí misma, nunca un obstáculo de las artes o las ciencias. El apologista nº 1 presume de obispos y teólogos altomedievales como las mayores lumbres: «tan excelentes varones, tantos poetas, oradores y defensores de la fe en los tiempos lastimosos en que el torbellino horrible de la herejía [engrosábase] más y más»; cuando se extendió la barbarie por Europa —presume—, esos fueron los últimos baluartes de la civilización. Los siglos siguientes mantienen la misma lógica religiosa y aun la incrementan bajo la dominación musulmana, donde son los obispos y demás prelados quienes preservan la religión y las ciencias ante la barbarie africana, lo que tampoco le impide aprovecharse de Averroes o Avicena para aumentar las grandezas hispánicas. Ahí se muestra ese abigarrado almacén de glorias nacionalistas que aplica solo un principio patriótico, sin ninguna categoría interpretativa. Para los

neoclásicos e ilustrados había poco que rescatar de las letras medievales, y obras como el poema del Cid solo poseían valor arqueológico, no artístico. Pero este apologista ya razona como propagandista y no como crítico, cualquier cosa sirve para presumir de grandezas o de anticipaciones, sea cual sea su naturaleza:

no faltaron en este país tan poco favorecido del numen poético sus Nava-
geros, sus proto-Petrarcas; y [...] España produjo los Ennios de la épica
vulgar en sus antiguos poemas *del Cid, de la pérdida de España y del Alejan-
dro*, mucho antes que la señora Italia en sus Pulcis o Morgantes. Se verían
finalmente los españoles como universales maestros de toda la Europa en
aquellos letras de que se creen depositarias las naciones [¿contrincantes?] y de que tan denodadamente hacen alarde, hasta llegar a insultar con lo
mismo que eternamente deberá ser materia de su mayor reconocimiento.

Así pues, la escoba nacionalista lo barre todo y en consecuencia renuncia a cualquier consideración crítica de la historia literaria o cultural. Si lo mismo vale un obispo azote de herejes que un sabio musulmán traductor de Aristóteles, o si tanto da el Poema del Cid como Petrarca a efectos de comparar grandezas, es obvio que estamos ante el principio de acumulación que veremos repetirse en las apologías del xviii, del xix, del xx... ¿y de más allá?

Así pues, tejiendo y destejiendo el mismo sudario, como Penélope, los españoles hemos ido durante los últimos siglos reaccionando como un resorte a las figuraciones extranjeras de nuestra identidad, sin llegar nunca a una conclusión. Es un relato sin cierre. En este libro hemos reunido solo una decena de muestras, de las que siete abordan representaciones hispánicas y otras tres exploran, a modo de contrapunto, algunas de las visiones extranjeras. Las estrategias defensivas u ofensivas que aquí se muestran son múltiples y complejas, pero todas ellas están presididas por un diálogo cruzado entre lo que ellos piensan de nosotros, lo que nosotros pensamos de ellos y lo que unos y otros queremos hacer con lo que pensamos los unos de los otros. No es tan simple como se ha querido que parezca.